

7/15/2018

UN LLAMADO AL ARREPENTIMIENTO VERDADERO Isaías 1:16-20

En estas últimas semanas hemos estado aprendiendo acerca de la verdad de las promesas de Dios para sus hijos. En estas últimas semanas hemos estado tomando como ejemplo a la nación de Israel por ser el pueblo elegido de Dios, porque, en Cristo, la Iglesia se ha incorporado a ese pueblo de Dios. Por lo tanto, hemos tomado sus promesas para nosotros, porque Dios actuará igual en la iglesia que como lo hizo en Israel en cuanto a sus advertencias y sus promesas.

Vimos que el principio fundamental para recibir las promesas de Dios es creerlas, creer en su Palabra. El creer nos hará perseverar cuando las cosas van bastante mal porque nos hará enfocar, no en la tragedia, sino en el actuar de Dios. Creer nos llevará a esperar con confianza a que Él actúe. Creer nos llevará a ser testigos de cómo Dios actúa.

Pero otro principio fundamental para recibir las promesas de Dios es estar a cuentas con Él. Dios nunca bendecirá lo que va en contra de su Palabra, nunca bendecirá a alguien que vive alejado de Dios viviendo una vida de pecado por muy religioso que sea. Recuerde, Dios es Amor, pero también es Santo y no tolera el pecado. Y es Justo, así es que tiene que castigar el pecado. No podemos pretender que podemos abusar de su amor para vivir vidas que no están conforme a su Palabra y recibir bendiciones de parte de Él como si nada hubiera pasado. Tampoco podemos ser ligeros a la realidad y la influencia del pecado en nosotros. Cuando vivimos en pecado, créame, Dios va a actuar.

¿Sabía usted que nuestras oraciones dirigidas a Dios se pueden ver obstaculizadas? Es decir, ¿sabía usted que nuestras oraciones dirigidas a Dios podrían no subir más allá del techo? Un obstáculo es un estorbo que impide la ejecución de algo, es un estorbo que impide que se llegue del punto A al punto B. Algunas personas prefieren creer que la voluntad de Dios ha sido responder que no a una petición que se hizo en oración, pero valdría la pena hacer un análisis de conciencia y pedirle a Dios que nos redarguya, porque, sin duda, el principal obstáculo que se interpone entre una persona que ora y Dios es el pecado que no se ha confesado.

En nuestro relato Bíblico de hoy, Dios le dice a su pueblo a través del Profeta Isaías: *“Cuando extendáis vuestras manos, Yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, Yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos”* (v.15). Por mucho que oren será inútil, por mucho que hagan ofrendas y sacrificios, por mucho que realicen rituales, Dios no escuchará porque siguen viviendo en el pecado alejados de Dios. Más adelante les dice el mismo Profeta Isaías: *“Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír”* (Is. 59:2). Como estos hay muchos más ejemplos de Dios en el Antiguo Testamento no escuchando las oraciones de un pueblo que vive en el pecado.

Por su parte, en el Nuevo Testamento encontramos al Apóstol San Pedro diciendo: *“Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo”* (1P. 3:7). Pedro lo relaciona con el matrimonio porque está hablando de ese tema, pero el principio es también cierto cuando hay algún conflicto sin resolver con algún hermano en Cristo o con otra persona, o cuando los tratamos mal, los menospreciamos, los humillamos o nos burlamos de ellos, etc. Como puede ver, es el pecado lo que aleja a las personas de Dios y lo que estorba sus oraciones para que sean contestadas por Él.

Pero nuestro Dios, que es rico en misericordia con sus hijos y que nos ama con gran amor (Ef. 2:4), nos da la solución, el antídoto para curarnos de la enfermedad del pecado y lo pone a disposición de todo creyente: EL ARREPENTIMIENTO. El arrepentimiento es un regalo de Dios según nos enseña su Santa Palabra: *“A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados”* (Hch. 5:31)... *“Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo:!!De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!”* (Hch. 11:18). Para los que ponen excusas para no acercarse a Cristo porque quieren seguir viviendo vidas de pecado dice: *“¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?”* (Ro. 2:4). Hablando acerca de los siervos de Dios dice: *“que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad”* (2Ti. 2:25). El arrepentimiento es un don de Dios y se lo concede a quien ha llamado para salvación.

El arrepentimiento viene cuando el Espíritu Santo toca nuestros corazones para decirnos que algo estamos haciendo mal, aún si no nos hemos dado cuenta y nos mueve para corregir el camino. Dice la Palabra de Dios que es quien nos convence de pecado, de justicia y de juicio (Jn. 16:8). Entonces, el arrepentimiento no es tanto el lloro sino el dolor que sentimos de haber lastimado al Dios que nos ama, es reconocer que hemos fallado delante de Él, pedirle perdón y cambiar de vida. Sin cambio de vida no hay verdadero arrepentimiento. La palabra arrepentimiento, en griego, se puede traducir literalmente como *“cambio de mente”*. Es decir, ahora vemos las cosas como son, ahora nos damos cuenta de lo desagradable que es delante de Dios el pecado y hemos decidido cambiar. Es el Espíritu Santo el que nos movió a darnos cuenta y quien nos mueve para cambiar de mentalidad.

En nuestro relato Bíblico de hoy, Dios llama a su pueblo a un arrepentimiento verdadero, sincero.

“Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo” (v.16).

Israel vivía en pecado pero eso sí, eran muy religiosos. Ellos creían que podían vivir como quisieran siempre y cuando cumplieran con el sistema ceremonial (religioso) para expiar o borrar sus pecados. Dios les dice que de nada valen sus ofrendas y sacrificios, ni sus festividades para el Dios de Israel cuando van acompañadas de pecado (vv.11-15). En nuestros días ocurre igual. Podemos ser muy religiosos, de los que no faltan a ningún servicio los domingos, podemos participar en las actividades de la iglesia y aún ser buenos diezmadores y ofrendadores, pero si cuando nadie nos ve vivimos una vida diferente, una doble vida, entonces nada de lo que hicimos vale delante de Dios. Muy probablemente hacemos todo esto de la iglesia para calmar nuestra conciencia y no tanto por amor a Dios porque, como dijo el Señor Jesús: *“Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Jn. 14:15)*. Cuando pecamos, le estamos diciendo al Señor que Él no es importante, que es más importante lo que quiero hacer.

El Dios Santo no podía aceptar a su pueblo así y los llama a purificarse de sus pecados, pero no a través de sus rituales religiosos sino con un cambio de actitud, es decir, un limpiarse por dentro que los lleve a dejar de hacer lo malo para empezar a hacer lo bueno delante de Dios como nos dice el siguiente versículo. Lo malo es todo aquello que nos aparta de Dios y lo bueno es todo aquello que lo refleja a Él en otros, lo

que nos hace en verdad ser semejantes a Él. Dios los está llamando a alejarse del pecado porque, como he dicho en otras ocasiones, o Dios te aleja del pecado, o el pecado te aleja de Dios.

“aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda” (v.17).

Hacer el bien no es algo que se nos dé de manera natural, algo que está en nosotros. Muchas veces somos demasiado egoístas, pensamos solo en nosotros y en los nuestros y somos indiferentes a las necesidades de los demás. También, nuestro cuerpo nos jala a hacer cosas que no son del agrado de Dios, como son vicios, malos hábitos y malas actitudes. El Señor Jesús dijo que no hay nadie bueno sino sólo Dios y estas palabras las registran tres de los cuatro Evangelios (*Mt. 19:17 / Mc. 10:18 / Lc. 18:19*). Pablo escribe que no hay ninguno justo, es decir, que haga lo correcto, y que no hay ni siquiera uno solo que haga el bien (*Ro. 3:10-12*) y cuando dice, *“como está escrito”*, es porque está tomando las palabras de los Salmos 14:1-3 y 53:1-3. Entonces, como no está de manera natural en nosotros ser buenos, por lo menos a la manera de Dios, es algo que necesitamos aprender. Dios nos enseña cómo.

Las cosas que pide el Señor en este versículo 17, no son otra cosa que el cumplimiento de la Ley de Moisés. Estas cosas no son sino una muestra práctica de lo que significa el segundo de los más grandes mandamientos de la Ley de Dios: amar al prójimo como a uno mismo.

En otras palabras, para hacer lo bueno, se necesita ser bueno, y para ser bueno necesitamos la guianza del Espíritu Santo en las Sagradas Escrituras. Quien medita y pone en práctica la Palabra de Dios es una persona que de verdad está aprendiendo a ser buena. Por eso se necesita aprender, Dios nos enseña cómo serlo en su Palabra. Otra vez, la Escritura te aleja del pecado, o el pecado te alejará de la Escritura. Dice la Palabra de Dios: *“Los que aman tu enseñanza gozan de mucha paz, y nada los hace caer” (Sal. 119:165)*. Amén.

“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (v.18).

Esta es una hermosa promesa de parte del Dios que está dispuesto a dar el perdón hasta al más vil de los pecadores. Dios está dispuesto a derramar junto con el perdón sus bendiciones si ellos están dispuestos a

reconocer que han fallado, se arrepienten y corrigen el camino, es decir, si cambian su actitud y sus acciones.

La figura que usa el Señor es como la de una ropa teñida de sangre, es decir, teñida de pecado. La sangre es una mancha muy profunda y muy difícil sino que imposible en aquel tiempo de borrar. Pero al arrepentirse, Dios lava esa ropa y la deja tan blanca como la nieve o la lana blanca. Lo blanco es símbolo de pureza. Es decir, Dios purifica las vidas de aquellos que en arrepentimiento se acercan a Él.

La frase “*estemos a cuenta*” es un término legal que se utiliza en un juicio en donde las dos partes, acusador y acusado, exponen sus argumentos y luego se decide un veredicto. Aquí significa una invitación que les hace el Señor para discutir el asunto del pecado porque Dios quiere que ellos estén realmente convencidos de que han pecado, que se han equivocado y que Dios estaba en lo correcto. Si no están convencidos nunca van a cambiar ni su actitud ni sus acciones. El problema con nosotros es que muchas veces no queremos reconocer nuestro pecado y tratamos de justificarlo de mil maneras. En la Biblia varias veces vemos la palabra *redarguir*. Esta palabra significa presentar una evidencia para sostener un argumento. Dios nos presenta esa evidencia y ante esa evidencia no podemos negar nada de lo que Él dice. Ante esa evidencia nos convencemos de que Él tiene razón. Dios nos invita a que le expliquemos por qué hacemos lo que hacemos y luego Él nos expondrá su pensamiento para llegar a una conclusión. Por supuesto, su pensamiento nos lo da a través de su Santa Palabra.

“Si quisierais y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisierais y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho” (vv. 1-20).

Estos versículos pueden ser la conclusión del tema. Dios ha expuesto lo que quiere de ellos y lo que les puede dar si en verdad se arrepienten. Pero la decisión es de ellos. Si reconocen su error y se arrepienten de corazón de haberle fallado al Dios que los ama, entonces el Señor derramará sobre ellos sus más ricas bendiciones y los judíos verán en ellos cumplidas todas las promesas de Dios.

En el Libro de las Crónicas el Señor dijo: *“Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi Nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces Yo oiré desde los cielos, y perdonaré*

sus pecados, y sanaré su tierra. Ahora estarán abiertos mis ojos y atentos mis oídos a la oración en este lugar” (2Cr. 7:14-15). En ese momento el pueblo sufría gran escases por haberse alejado de Dios, por hacer cosas que no eran del agrado de Dios. Pero Dios, que es rico en misericordia les da la oportunidad de arrepentirse, volverse a Él, corregir el rumbo y empezar a gozar sus bendiciones; empezarán a ver las promesas de Dios cumplidas en ellos. Entonces Dios escuchará las oraciones de su pueblo cuando ha habido arrepentimiento.

Pero también es justo decir que, si después de habernos expuesto a nuestros pecados, seguimos con la misma actitud de justificación y rebeldía, vendrán las consecuencias. Consecuencias que tienen que ver con la disciplina de Dios y con el no recibir sus bendiciones hasta que reconozcamos que hemos fallado.

Conclusión.

El pecado estorba las bendiciones de Dios. El pecado estorba el que Dios pueda cumplir sus promesas en sus hijos. La solución es el arrepentimiento. Esto es verdad de aquella persona que nunca ha escuchado de Cristo y cuando se le predica el Evangelio se arrepiente de sus pecados y recibe el regalo de la salvación eterna de Dios. Pero es igualmente cierto para quienes ya vivimos en Cristo pero todavía luchamos con el pecado y a menudo perdemos contra él. Esto es verdad porque, si notamos, en nuestro relato de hoy, Dios le habla a su pueblo, no a los paganos. De igual manera, tenemos que entender que Dios nos está hablando hoy a su Iglesia, no a los no creyentes.

Dios nos invita para que presentemos nuestros argumentos cuando pensamos que nuestras acciones están justificadas; Él nos redarguye como respuesta para convencernos de que en realidad le hemos fallado. ¿Cuántas veces hemos ignorado este hecho y seguimos como si nada hubiera pasado? Tal vez hay cosas que aún no le hemos entregado a Dios y que nos estorban para tener una verdadera relación con Él, que nos estorban para tener un verdadero compromiso con Él, y que nos estorban para no recibir las bendiciones que Dios nos tiene preparadas.

Cosas como un vicio, un mal hábito, cosas como nuestra actitud de pesimismo, o de indiferencia, o de enojo, o de crítica, o de juicio, o nuestro mal carácter. En algunas de esas cosas tal vez ni nos estamos dando cuenta del daño que hacemos y que nos hacemos a nosotros mismos. Por

eso es importante estar a cuenta con Dios, es importante que al orar le pidamos que nos redarguya de pecado, es decir, que nos presente la evidencia de que algo estamos haciendo mal y que no nos habíamos dado cuenta. Entonces viene el verdadero arrepentimiento si reconocemos nuestra falla y, con él, el deseo profundo de cambiar, de corregir.

El pecado es un estorbo y una mancha en nuestra relación con Dios. El arrepentimiento verdadero es la cura, y nuestro cambio es la prueba de nuestro arrepentimiento. No importa la condición en la que estemos, lo sucio que podamos estar delante de Dios, si venimos a Él en arrepentimiento, Dios puede lavar nuestras ropas y purificarlas como la blanca nieve y dejarla más blanca que la lana más blanca. Hoy es entonces un buen día para entregarle a Dios todo lo que no le hemos entregado y, como dije, si no estamos seguros de qué es todo, entonces pedirle a Dios que nos redarguya. No basta con decir “*perdóname si te he ofendido*”; es necesario saber en qué le ofendemos para no hacerlo más. Así vamos a caminar más ligeros de carga, con mucha paz, confianza, seguridad y alegría, y podremos recibir todas las bendiciones que Dios tiene reservadas para sus hijos y podremos ver cumplidas en nosotros todas sus promesas. Amén.... Vamos a orar...